

—¡A la casa de hospedaje que esté más cerca! dijo don Rodrigo á Tribaldos.

Y la ronda y el alcalde, guiados por Tribaldos, se pusieron en marcha.

En aquel momento sonaban las once de la noche.

CAPITULO XVI.

De cómo fué preso Gabriel de Espinosa por don Rodrigo de Santillana.

Tribaldos llevó á don Rodrigo á más de veinte hospederías y posadas.

En la mayor parte de ellas daban noticias del pastelero de Madrigal; pero en ninguna habia permanecido más que horas, ni al irse habia dejado noticias de dónde se fuese.

Siempre que salia de una posada, lo hacia con apariencias de emprender un viaje.

Otro alcalde se hubiera aburrido, y mucho más en la situacion de ánimo y de salud en que se encontraba don Rodrigo de Santillana.

Pero este no se aburría.

El cumplimiento de su deber le daba fuerzas y paciencia.

Tribaldos seguia trotando, y de una posada donde no

se encontraba á Gabriel de Espinosa, llevaba al alcalde á otra, donde tampoco se encontraba.

Llegó al fin la una de la noche.

II.

Tribaldos, aburrido, habia llevado al alcalde y á su ronda á un meson escondido en el fondo de una calleja, cerca de las Carnicerías.

La puerta, como era natural, á aquellas horas estaba cerrada.

El alcalde llamó recio con el extremo de su vara, y se vió obligado á repetir los golpes con más fuerza, porque á los primeros no contestaron.

Oyóse, en fin, desde adentro una voz soñolienta.

—Esperen para que se les dé posada á que sea de dia, que esta no es hora de abrir la puerta á nadie.

—¡Abrid, vive Dios, á la justicia del rey nuestro señor!

—Esperen.

—Que sea poco, ó doy posada á los que aquí encuentren en la cárcel, dijo don Rodrigo que á cada momento estaba de peor humor.

Pocos minutos despues se oyó detrás de la puerta una voz que dijo:

—¿Quién llama apellidando justicia?

—El alcalde don Rodrigo de Santillana, menguado, respondió don Rodrigo.

Se conocia tanto á Santillana en Valladolid, y se le temia tanto, que la puerta se abrió, y apareció el posa-

dero en calzoncillos blancos con un candil en la mano.

—Diga, maese, ¿qué gente tiene en el meson?

—Si hay gente mala, ellos se lo sabrán, dijo el posadero todo temeroso, que para mí, en pagando, toda la gente es buena.

—Diga, diga, insistió el alcalde.

—En el número uno hay un caballero muy principal á lo que parece y á lo que paga.

—¿Cómo se llama?

—Don Pedro Mesta.

El alcalde se estremeció, porque aquel Pedro Mesta sonaba para él Pietro Mastta.

—¿Quién más hay? dijo el alcalde.

—Un canónigo de Búrgos.

—Adelante; la gente munuda.

—Dos chalales, un buhonero y cuatro arrieros.

—¿Y nadie más? dijo el alcalde.

—Si señor; hay otro huésped entre merced y señoría; quiero decir, que es bajo por su oficio porque es pastelero; pero por todo lo demás parece persona principal y rica.

—¿Cómo se llama ese sujeto?

—El señor Gabriel de Espinosa.

—¿Cuándo ha venido?

—Hace dos horas y para estarse poco tiempo, porque ha mandado que se le tengan listos los caballos, y que se le llame á las dos.

—Y si tan poco tiempo hace que está en vuestra casa, ¿cómo sabeis que es buen pagador?

—Porque con solo poner los piés en ella, me ha dado

un doblon de á ocho, cuando con algunos reales podia haber pagado la costa.

—¿Quién ha venido con ese hombre?

—Dos criados.

—¿Y dónde están esos dos criados?

—De camino, creo yo, para ir delante y tenerle buscada posada.

—¿Y él está aquí solo?

—Sí, señor.

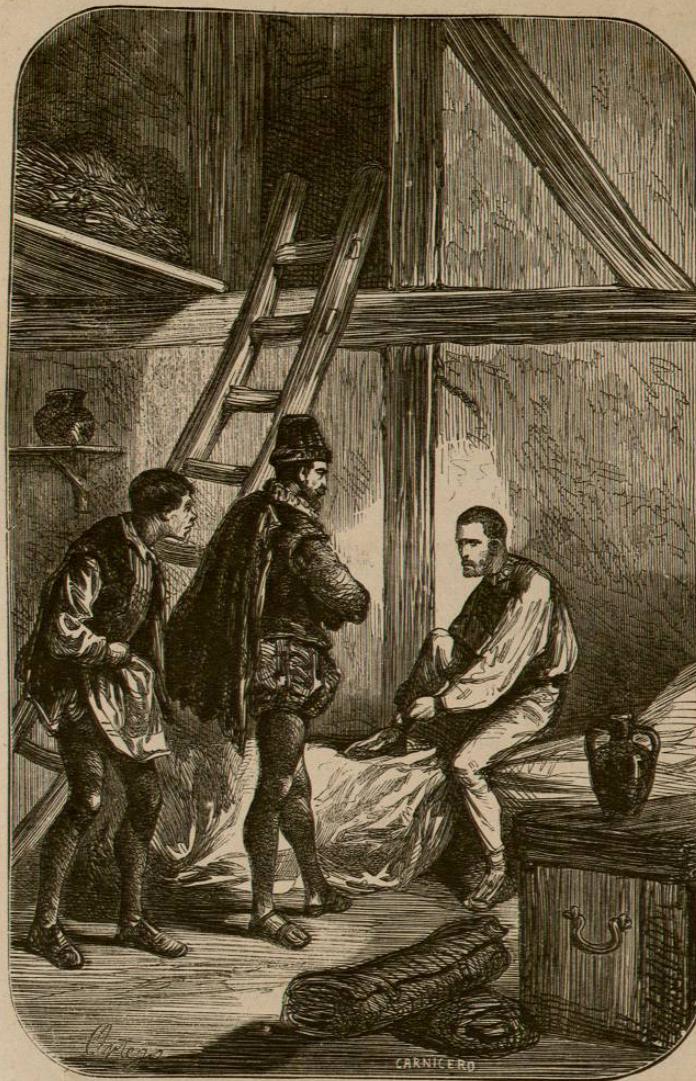
—Llevadme á su aposento.

El mesonero tomó por las escaleras, y el alcalde, solo, habiendo dejado á los alguaciles en la puerta y en el patio, siguió al mesonero, murmurando para sí:

—¿Por qué estará tambien en esta posada monseñor Pietro Mastta? ¿Tendrá algo que ver con Gabriel de Espinosa?

A esto llegaron á una puerta del corredor que solo estaba encajada, entraron, y el alcalde encontró á Gabriel de Espinosa, que habia sentido justicia en la casa; vistiéndose apresuradamente con camisa de holanda, cuello y puños de cadeneta, pegados á la camisa á uso más que de hombre comun, unos calzones de holanda muy delgada, y ya cuando el alcalde llegó, tenia calzados unos borceguíes ó botines acuchillados.

Hízole acabar de vestir, tratándole como si no le conociera, y sin que Gabriel de Espinosa, por su parte diese muestras de haberle hablado nunca hasta entonces; y entretanto el alcalde buscó y halló las joyas, que eran un vaso de unicornio guarnecido de oro, un librillo de oro que la infanta doña Isabel habia regalado á doña



Hízole acabar de vestir...

Ana de Austria con algunos diamantes, un anillo de oro con un diamante grande en el fondo finísimo, y una lámina de oro en que estaba esculpido el retrato del rey don Felipe II muy al vivo, que el mismo rey había enviado á doña Ana de Austria, unas imágenes muy ricas, para cabecera de cama, una piedra bezar muy grande engastada en oro, y un reló de oro con diamantes para el pecho y cadenas, cintillos y otra multitud de alhajas de algun valor.

Todo aquello junto podria valer mil quinientos ducados.

Apoderóse el alcalde de estas alhajas, y preguntó á Gabriel de Espinosa, como si no le conociera:

—¿Quién sois?

—Soy pastelero de la villa de Madrigal, contestó Gabriel.

—¿Cómo os llamais?

—Gabriel de Espinosa.

—¿De quién son las joyas que os he ocupado, y de dónde las traeis?

—De Madrigal; me las ha dado la señora doña Ana de Austria, monja en el convento de Nuestra Señora de Gracia la Real de aquella villa para que las venda, y á eso solo he venido á Valladolid.

—¿Cómo puede ser verdad que hayais venido á vender estas joyas á Valladolid, cuando os las he cogido ya en el cugin de la cabalgadura, y segun entiendo habeis mandado que os llamen á las dos para marchar de Valladolid, y tanto, que ya habeis enviado delante á vuestros criados?

—Consiste eso, don Rodrigo de Santillana, dijo Gabriel de Espinosa, haciendo estremecer al alcalde con el acento singular con que habia pronunciado aquellas palabras, en que he visto que en Valladolid anda poco dinero, que no podría venderlas como no las quemase, y sin ofrecerlas á nadie, habia resuelto partirme á Medina del Campo, donde por el gran comercio corre mucha plata, y estaba seguro de hacer mejor venta de las alhajas.

—¿Y habeis tenido necesidad de estar quince dias en Valladolid, para conocer que no podríais vender á buen precio esas joyas?

—Sí señor, dijo Gabriel de Espinosa, con un laconismo, una dignidad y un acento tales, que impresionaron más y más al alcalde.

—¿Por qué habeis mudado diez veces de posada en quince dias? dijo al fin Santillana.

—Porque en las unas temia ser robado, y en las otras la huéspedera era puerca.

—¿Cómo es que repara en que la huéspedera sea puerca ó limpia un pastelero?

—Antes por serlo, debe cuidar más de la limpieza, dijo con sarcasmo Gabriel.

—¡Vive Dios! Me parece que voy á hacer con vos un escarmiento, dijo Santillana.

—¡A mí vos! dijo Gabriel con un tono de desprecio; pero reponiéndose añadió: yo sé bien que no me hareis agravio, porque sois un buen caballero.

—Acortemos pláticas, y venios conmigo, dijo el alcalde.

—¿Y á dónde, don Rodrigo?

—A la cárcel.

—Yo no debo ser preso en la cárcel como un cualquiera, dijo Gabriel; mire lo que hace y cómo trata á los hombres honrados, que ni á él ni á los demás los ha puesto aquí el rey para hacer agravio á los forasteros.

—Si vos sois honrado, allá aparecerá, y os trataremos como á tal; ahora, por pastelero os habeis vendido, como á tal os trataremos y llevaremos, mientras otra cosa no nos constare. Ea, seguidme y no hablemos más.

III.

Gabriel de Espinosa tomó su capa y su sombrero, y el alcalde, llevando consigo las joyas, cerró el cuarto, se metió la llave en el bolsillo, dejó á un alguacil de guardia para que no pudiese nadie entrar en aquel cuarto, y con Tribaldos y los otros cuatro alguaciles, se llevó á la cárcel á Gabriel de Espinosa.

IV.

Aún no habia vuelto la primera esquina el alcalde, cuando el alguacil que habia quedado de guardia, sintió abrirse la puerta de un aposento inmediato, y de él salió un hombre, y acercándose á la barandilla del corredor, dijo á voces:

—¡Hola! ¡Posadero! Los caballos de mi amo, que ya es hora de marchar, y venid á que se os pague la cuenta.

Diez minutos despues, sin que el alguacil que habia

quedado de guardian lo extrañase, porque era la cosa más natural del mundo que un hombre con sus criados se pudiese en camino á la hora que mejor le pareciese salieron de la posada tres ginetes.

Aquellos tres ginetes, cuando salieron de Valladolid, tomaron el camino de Madrigal, picaron á sus caballos, y adelantaron á la carrera.

El que iba adelante, corriendo cuánto podia, era Yhaye-ben-Shariar.

III.

IV.

CAPITULO XVII.

Lo que pasó entre el alcalde don Rodrigo y Mari Galana.

El alcalde, despues de haber dejado en la cárcel bien asegurado con grillos y esposas á Gabriel de Espinosa, en uno de los calabozos más fuertes y más profundos, con orden de que nadie hablase con él ni le preguntase ni contestase á sus preguntas, se volvió ansioso á su casa.

Habia cumplido con su deber, y podia dedicarse á sus asuntos propios.

Con las fuertes impresiones que aquella noche habia experimentado, el dolor que antes de la llegada de la Galana á su casa le aquejaba en la cabeza y en el estómago, habia desaparecido.

II.

En cuanto entró el alcalde en su casa, se metió en un salon del piso bajo.